La madurez de la Iglesia tiene como medida la plenitud de Cristo, no la sabiduría de los hombres.

SEA DIOS VERAZ, Y TODO HOMBRE MENTIROSO

Aprendiendo a discernir la verdad y a crecer en la madurez de Cristo

Una carta para aquellos que el Señor nos ha confiado para colaborar en la edificación de su madurez:

Mis amados:

Hay una profunda inquietud que llevo en mi corazón y que deseo compartirles con profundo amor y respeto. La razón porque prefiero presentarlo por escrito es para no añadir mas ni quitarle nada que genere confusión o deje una mala interpretación a lo que debo abordar. Ya que no se trata solamente de una reflexión acerca de los tiempos que estamos viviendo, sino de una expresión del cuidado y de la responsabilidad que sentimos por cada hijo de Dios que el Señor nos ha confiado para “colaborarle en Su edificación”.

Vivimos en una sociedad donde cada vez resulta más fácil confundir la popularidad con la autoridad, la cantidad de seguidores con la credibilidad y las opiniones humanas con verdades absolutas.

Hoy, una persona puede reunir millones de seguidores en las redes sociales y, casi sin advertirlo, sus palabras comienzan a ser recibidas como si fueran incuestionables. Pareciera que cuanto mayor es su influencia, mayor es la verdad que posee. Sin embargo, debemos comprender algo fundamental: La multitud puede determinar quién es popular, pero jamás determinar qué es verdad.

La verdad no se vuelve verdadera porque las multitudes la aprueben, ni deja de ser verdad porque la rechacen. Tampoco necesita la verdad volverse popular para permanecer verdadera.

Esto debería llevarnos a una reflexión importante: ¿Sobre qué estamos fundamentando nuestras convicciones? ¿Sobre la verdad que hemos comprendido o sobre la influencia de quienes nos hablan?

No les comparto esto para que vivamos desconfiando de las personas, ni para que despreciemos el conocimiento, la experiencia o los aportes de otros. Por el contrario, necesitamos aprender a escuchar, valorar y recibir aquello que verdaderamente contribuye a nuestra formación.

Pero también debemos comprender que ninguna persona, por admirada, reconocida o influyente que sea, posee autoridad absoluta sobre la verdad.

Dios es veraz por naturaleza

Hay una declaración del apóstol Pablo que considero especialmente necesaria para nuestros días: «De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso» (Romanos 3:4). ¡Qué profundidad encontramos en estas palabras!

Pablo no está enseñando que todos los seres humanos mienten cada vez que hablan, ni que debemos vivir sospechando de cuanto otros nos dicen. En el contexto de Romanos 3, el apóstol está afirmando que la fidelidad de Dios permanece intacta frente a la infidelidad humana. La incredulidad de los hombres no puede anular la fidelidad de Dios. Dios es absolutamente veraz por naturaleza. Nosotros, en cambio, somos seres humanos que necesitamos aprender, crecer, discernir y reconocer nuestras limitaciones.

Por eso, su verdad no depende de nuestra aprobación para permanecer verdadera, ni su fidelidad desaparece cuando nosotros somos infieles. De esta declaración también podemos extraer una enseñanza para nuestra realidad presente: ninguna opinión, autoridad humana o multitud puede convertirse en la medida definitiva de lo verdadero. Podemos honrar a los hombres sin absolutizar sus palabras, porque solamente Dios, es absolutamente veraz.

Sin embargo, esta verdad alcanza una profundidad todavía mayor cuando comprendemos que el Dios que es veraz se ha revelado plenamente en su Hijo Jesucristo.

Cristo es la Verdad que revela plenamente al Padre

El Nuevo Pacto nos presenta una realidad extraordinaria: Dios no solamente nos ha comunicado enseñanzas verdaderas, sino que se ha dado a conocer plenamente en su Hijo.

Juan declara: «Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1:17). Y el mismo evangelio presenta a Jesús como el Verbo hecho carne, lleno de gracia y de verdad (Juan 1:14).

Esto significa que la verdad de Dios no nos ha sido comunicada únicamente mediante declaraciones, mandamientos o enseñanzas. Ha sido revelada personalmente en Jesucristo. Él no vino simplemente a explicarnos cómo es Dios. Él es la revelación perfecta del Padre. Por eso, cuando Felipe le pidió que les mostrara al Padre, Jesús respondió: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Conocer verdaderamente a Cristo es conocer al Padre que Él revela. Por eso, Jesús pudo declarar algo que ningún maestro, profeta, filósofo o persona influyente podría afirmar legítimamente acerca de sí mismo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14:6).

Observemos que Jesús no dijo solamente que conocía, enseñaba o poseía la verdad. Él declaró que es la Verdad. En Cristo encontramos la revelación definitiva de Dios, de su naturaleza, de su voluntad y de su propósito eterno. Por lo tanto, la verdad que nos reconcilia con el Padre y nos introduce en la vida del Nuevo Pacto no es una idea que descubrimos mediante nuestra propia capacidad. Es una realidad que Dios nos ha dado a conocer en su Hijo.

Y aquí quisiera que pudiéramos comprender algo muy importante para nuestra madurez. Podemos conocer muchas afirmaciones verdaderas acerca de Cristo y, sin embargo, necesitar crecer mucho más en el conocimiento personal de Aquel de quien esas afirmaciones hablan. Podemos aprender doctrinas correctas, memorizar pasajes bíblicos y repetir enseñanzas profundas, pero el propósito del Padre no termina en que tengamos información correcta acerca de su Hijo.

Su propósito es que seamos conformados a la imagen de Cristo (Romanos 8:29), que Él sea formado en nosotros (Gálatas 4:19) y que crezcamos en todo en Aquel que es nuestra Cabeza (Efesios 4:15).

La verdadera madurez cristiana no consiste solamente en defender correctamente la verdad, sino también en expresar la naturaleza de Aquel que es la Verdad.

Y esto no sucede por nuestra capacidad de imitar externamente a Jesús, sino por nuestra unión con Él y por la operación del Espíritu Santo, quien hace posible que su vida se manifieste en nosotros. Cristo no solamente ilumina nuestro entendimiento; Él es nuestra vida, y mediante su Espíritu transforma nuestra manera de pensar, amar, discernir y relacionarnos.

Por eso, no sería coherente afirmar que conocemos la verdad de Cristo mientras nuestras actitudes permanecen gobernadas por la arrogancia, la manipulación, la mentira o el desprecio hacia los demás. La verdad que hemos conocido en el Hijo debe expresarse también en nuestra manera de vivir.

La madurez no consiste en pensar independientemente de todos, sino en vivir gobernados por Cristo. Mis amados, uno de los peligros más grandes de la inmadurez es entregar a otras personas la responsabilidad de pensar, examinar y discernir por nosotros.

Podemos acostumbrarnos tanto a escuchar determinadas voces que dejamos de examinar lo que dicen. También podemos admirar tanto a una persona que comenzamos a considerar correctas todas sus afirmaciones. Cuando esto sucede, sin advertirlo, dejamos de crecer en el entendimiento y comenzamos simplemente a repetir lo que otros piensan. Y este peligro también puede presentarse dentro de la Iglesia.

Podemos encontrarnos con personas que hablan de Cristo, citan las Escrituras, enseñan con gran seguridad y reúnen multitudes alrededor de sus mensajes. Debemos aprender a escucharlas con

respeto, pero también a discernir con responsabilidad. Que alguien hable acerca de Cristo no significa necesariamente que todo lo que afirma represente fielmente a Cristo.

La centralidad de Cristo no se demuestra solamente por la frecuencia con que pronunciamos su nombre, sino por la fidelidad con que lo anunciamos y por la coherencia de nuestra vida con su enseñanza. Sin embargo, quisiera hacer una aclaración especialmente importante.

La madurez del Nuevo Pacto no consiste en sustituir la dependencia de las opiniones ajenas por la autosuficiencia de nuestros propios pensamientos, sino en crecer en un entendimiento renovado y gobernado por la vida de Cristo. Porque una persona puede dejar de depender de lo que otros piensan y, sin embargo, continuar gobernada por su propia suficiencia. Ni fuimos llamados a cambiar la autoridad absoluta de otro hombre por la autoridad absoluta de nuestro propio criterio. Fuimos llamados a vivir bajo el señorío de Jesucristo. Romanos 12:2 nos enseña acerca de la transformación mediante la renovación de nuestro entendimiento. Y en 1 Corintios 2:12, Pablo declara: «Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido».

Por lo tanto, el discernimiento cristiano no procede solamente de una mente informada, sino de una mente renovada por el Espíritu conforme a Cristo. La madurez no consiste simplemente en aprender a pensar por nosotros mismos, sino en aprender a pensar desde la realidad de Cristo, bajo el gobierno de su Palabra y de su Espíritu.

Una mente madura en Cristo puede escuchar sin dejarse arrastrar, admirar sin idolatrar, aprender sin renunciar al discernimiento y honrar sin convertir a ningún hombre en una autoridad absoluta. Y recordemos que discernir no significa sospechar de todos. No necesitamos desarrollar una actitud de desconfianza permanente, ni convertirnos en personas críticas que encuentran errores en todo.

La madurez que procede de Cristo nos permite examinar con humildad, reconocer lo bueno, recibir lo verdadero y rechazar aquello que no corresponde a la verdad, sin perder el amor ni el respeto por las personas.

Ahora bien, la paternidad espiritual está al servicio de la madurez de los hijos

El deseo genuino como padre espiritual no es que aprendan a repetir mis palabras sin comprenderlas, ni que reciban una enseñanza solamente porque proviene de alguien a quien aman y respetan. El anhelo es que cada uno crezca en el conocimiento de Cristo, desarrolle convicciones nacidas del entendimiento de su Palabra y alcance la madurez necesaria para discernir responsablemente lo que escucha.

La verdadera paternidad espiritual no procura producir personas dependientes de la opinión de un hombre, sino colaborar con el Espíritu Santo en la formación de hijos maduros, afirmados en Cristo. Y aquí debemos conservar el orden del Nuevo Pacto. La paternidad espiritual no produce nuestra condición de hijos de Dios. Esa filiación nos ha sido concedida por medio de Jesucristo.

Gálatas 4:6 declara: «Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!». Observemos qué hermosa realidad: porque somos hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo.

Por lo tanto, quienes ejercemos responsabilidades paternales no estamos llamados a ocupar el lugar del Padre celestial, sino a servir a aquellos que a El le pertenecen. Podemos enseñar, acompañar, orientar, corregir y cuidar, pero jamás debemos pretender ocupar en la conciencia de los hijos el lugar que solamente le corresponde al Señor.

Una paternidad espiritual saludable no reemplaza la relación de los hijos con el Padre celestial; la sirve, la cuida y colabora con su madurez en Cristo. Esto tampoco significa que los hijos ya no necesiten enseñanza, acompañamiento o corrección. Por el contrario, todas estas funciones son necesarias para la edificación del Cuerpo. Pero deben ejercerse conforme a la naturaleza de Cristo y al propósito del Padre.

Ninguno de nosotros es la fuente de la verdad. Somos servidores de Cristo y administradores de aquello que hemos recibido por su gracia. La autoridad espiritual no nos convierte en personas infalibles. Cuanto mayor es nuestra responsabilidad, mayor debe ser nuestra humildad delante de Dios. Por eso, aun nuestras propias palabras, enseñanzas e interpretaciones deben permanecer sujetas al testimonio de las Escrituras.

El verdadero fruto de la paternidad espiritual no es producir dependencia de la persona, sino colaborar para que Cristo sea formado en aquellos que el Padre nos ha confiado.

La libertad del Nuevo Pacto es la libertad que nos concede el Hijo

Hay otra verdad que deseo compartirles. Jesús declaró: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8:32). Y posteriormente afirmó: «Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8:36). ¡Qué hermosa conexión encontramos entre estas palabras!

La verdad nos hace libres porque el Hijo, que es la Verdad, es quien verdaderamente nos liberta. Sin embargo, debemos comprender que Jesús no estaba hablando simplemente de alcanzar independencia intelectual o de dejar de depender de las opiniones humanas.

En Juan 8, el Señor está revelando una libertad mucho más profunda: la libertad de la esclavitud del pecado, que solamente Él puede otorgar. Por medio de Jesucristo hemos sido introducidos en una nueva relación con el Padre, ya no como esclavos, sino como hijos. Y desde esta nueva condición aprendemos también a discernir, pensar responsablemente y no quedar sometidos a las influencias humanas.

No somos libres simplemente porque ahora podemos pensar de manera independiente. Somos verdaderamente libres porque el Hijo nos ha libertado para vivir en la realidad de nuestra filiación.

Ahora bien, esta libertad no nos conduce a la autosuficiencia, sino a una comunión más profunda con el Padre, mediante el Hijo por el Espíritu Santo en la vida corporativa. Por eso, cuanto más crecemos en el conocimiento de Cristo, menos necesitamos encontrar nuestra seguridad en la aprobación de las personas o en la fuerza de nuestras propias opiniones. Nuestra seguridad está en Aquel a quien pertenecemos.

La verdad que hemos conocido en Cristo debe expresarse en amor

Mis amados, también quisiera recordarles que discernir correctamente no nos autoriza a despreciar a quienes todavía no comprenden lo que nosotros hemos llegado a conocer. Podemos estar en desacuerdo sin despreciar. Podemos corregir sin humillar. Podemos reconocer un error sin destruir la honra. Porque la verdad que hemos conocido en Cristo nunca debe separarse del amor con el cual hemos sido alcanzados. Efesios 4:15 nos enseña que, siguiendo la verdad en amor, debemos crecer en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo.

Observemos que el crecimiento no se limita al conocimiento. Comprende toda nuestra manera de vivir y relacionarnos. El amor no es simplemente una actitud amable que debemos añadir a nuestra manera de comunicar la verdad. El amor pertenece a la propia naturaleza de la vida divina que hemos recibido. 1 Juan 4:7 nos recuerda que el amor es de Dios, y el versículo siguiente declara que Dios es amor. Por lo tanto, la verdad y el amor no son dos virtudes independientes que debemos intentar equilibrar, sino realidades inseparables de la vida de Cristo que se expresa en nosotros.

La verdad que hemos conocido en Cristo no nos autoriza a despreciar a quienes todavía no la comprenden. Por el contrario, cuanto más conocemos al Hijo, más debemos expresar el amor con el cual el Padre nos ha alcanzado.

También necesitamos recordar que todos estamos creciendo. Ninguno de nosotros ha alcanzado una comprensión perfecta de todas las cosas. Todos necesitamos permanecer enseñables, abiertos a la corrección y dispuestos a revisar nuestras conclusiones a la luz de las Escrituras.

Reconocer que podemos equivocarnos no disminuye nuestra dignidad. Por el contrario, expresa la humildad de quienes saben que todavía están siendo transformados. Por eso, no tengan temor de hacer preguntas, procurar comprender mejor, examinar lo que escuchan y reconocer cuando algo necesita ser corregido. La fe madura no teme a la verdad. Y la paternidad saludable tampoco debe temer a las preguntas sinceras de los hijos, porque su propósito no es controlar sus pensamientos, sino colaborar con su crecimiento en Cristo.

El propósito del Padre eterno es que crezcamos en todo en Cristo

Consideremos el propósito más profundo de todo lo que hemos compartido. El apóstol Pablo nos enseña en Efesios 4:14-15 que ya no debemos permanecer como niños fluctuantes, llevados por todo viento de doctrina, sino que, siguiendo la verdad en amor, debemos crecer en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo. Y en Efesios 4:13 presenta la madurez de la Iglesia vinculada al conocimiento del Hijo de Dios y a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Esto nos permite comprender que la madurez cristiana no es un fin en sí misma. El propósito eterno del Padre no tiene como centro producir personas maduras, sino la preeminencia de su Hijo y la conformación de una humanidad a su imagen. Romanos 8:29 declara que fuimos predestinados para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo. Y Colosenses 1:18 establece que Cristo debe tener la preeminencia en todo. Por lo tanto, la madurez es una expresión del crecimiento de la vida de Cristo en nosotros. Y este crecimiento no es solamente individual, sino también corporativo.

No estamos formando personas maduras para que cada una alcance su propia autosuficiencia espiritual. Estamos colaborando en la edificación de un Cuerpo que crece en todo en su Cabeza, Cristo. No queremos formar seguidores de nuestras opiniones, sino discípulos de Jesucristo. No deseamos que dependan permanentemente de nuestras interpretaciones, sino que conozcan al Señor, comprendan las Escrituras y crezcan en la vida del Espíritu. Tampoco estamos edificando alrededor de nuestra capacidad de enseñar, sino colaborando con la edificación de un Cuerpo cuya Cabeza es Cristo. Por eso, nuestro deseo es que la palabra de Cristo habite en abundancia en ustedes, como enseña Colosenses 3:16. Porque el propósito de toda enseñanza verdaderamente es conducirnos al conocimiento del Hijo y colaborar para que Cristo sea formado en nosotros.

La verdad que conocemos en Cristo debe conducirnos a vivir conforme a Cristo.

Mis amados, ruego que estas verdades permanezcan profundamente afirmadas en ustedes. Que aprendan a recibir lo bueno sin idolatrar a quienes lo comunican. Que puedan reconocer la verdad aun cuando sea expresada por alguien desconocido. Que tengan la humildad necesaria para corregir sus propios pensamientos cuando descubran que no corresponden a la verdad. Que no confundan seguridad al hablar con profundidad de entendimiento, ni reconocimiento público con madurez espiritual. Y, sobre todo, que nunca permitan que ninguna voz humana llegue a ser más determinante en sus corazones que la verdad de Cristo. No entreguen sus convicciones a quienes solamente poseen influencia. Recuerden siempre que la cantidad de personas que respaldan una afirmación no determina su veracidad.

Recuerden que la inmadurez convierte a los hombres influyentes en autoridades incuestionables, sin embargo, la madurez reconoce el valor de cada persona, pero reserva únicamente para Dios el lugar de la verdad absoluta.

El mayor deseo es verlos crecer en libertad, responsabilidad, sabiduría y entendimiento. Verlos desarrollar una fe cada vez más consciente, convicciones más firmes y una relación más profunda con el Señor. Pero, por encima de todo, anhelo verlos crecer en el conocimiento y la expresión de Jesucristo. Porque una generación madura no se caracteriza solamente por la cantidad de información que posee, sino por su capacidad de vivir gobernada por la verdad en amor. Y si en algún momento nuestras palabras, opiniones o interpretaciones necesitan ser revisadas, que nunca nos falte a todos la humildad para hacerlo. Después de todo, nuestra seguridad no está en tener siempre la razón, sino en pertenecer a Aquel que es la Verdad.

Nuestra mayor alegría: ver a Cristo formado en los hijos

Quisiera terminar regresando a las palabras del apóstol: «Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso». Que esta declaración nos mantenga humildes delante de Dios, prudentes frente a las opiniones humanas y profundamente afirmados en Jesucristo.

Que nunca confundamos la voz más escuchada, con la voz más verdadera. Que sepamos honrar a las personas sin absolutizar sus palabras. Y que nuestra mayor alegría no sea tener personas que repitan nuestras enseñanzas, sino ver hijos maduros que conocen, aman y expresan la vida de Cristo. Porque no cuidamos a los hijos de Dios solamente para que aprendan a reconocer la verdad entre tantas voces, sino para que crezcan en el conocimiento, la libertad y la expresión de Aquel que es la Verdad.

La verdadera madurez de los hijos de Dios no consiste en dejar de depender de los pensamientos de otros para comenzar a confiar absolutamente en los propios, sino en crecer en el conocimiento de Jesucristo, permitiendo que su Palabra y su Espíritu gobiernen nuestro entendimiento, formen nuestras convicciones y expresen su vida en nosotros.

La verdad tiene su fundamento en Dios, su revelación plena en Cristo y su expresión en nosotros mediante la vida del Espíritu.

Nuestro mayor anhelo no es que nuestra voz se convierta en la medida de sus convicciones, sino que conozcan cada día más profundamente la voz del Señor y aprendan a permanecer en su Palabra. Y no quisiera que el fruto de nuestra paternidad se mida por cuántas personas dependen de nosotros, sino por cuánto hemos podido colaborar, mediante la gracia de Dios, en su crecimiento hacia la plenitud de Cristo.

Porque la finalidad de nuestra paternidad no es que los hijos piensen como nosotros, sino colaborar para que Cristo sea formado en ellos. Por medio de este escrito tampoco estamos procurando que los hijos pasen de depender de otros hombres a depender de sí mismos; estamos colaborando para que crezcan en Cristo, de quien procede la vida, la verdad, la libertad y la madurez.

Mi advertencia inicial acerca de la influencia de las multitudes no termina simplemente en una exhortación al pensamiento crítico, sino en la revelación de la suficiencia de Cristo y en el propósito del Padre de conformarnos a la imagen de su Hijo, con todo mi amor paternal, y con el compromiso de seguir acompañándolos, sirviéndolos y creciendo juntamente con ustedes en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

«Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo». Efesios 4:13

«La verdadera madurez espiritual no consiste en depender de las opiniones humanas ni en confiar en nuestra propia suficiencia, sino en crecer juntos en el conocimiento del Hijo de Dios, hasta que su vida sea formada y expresada plenamente en nosotros como su Cuerpo».